

CRECIMIENTO DINÁMICO

Tres etapas de la vida cristiana
Luis Palau

Al finalizar un retiro de pastores y líderes en un país latinoamericano, un predicador se acercó a mí en tono urgente, más bien de desesperación:

--Mire Palau—me dijo--, no es que yo haya fracasado en el terreno moral ni en mi pastorado. Sin embargo, docenas de veces me he sentido al borde de un precipicio espiritual. ¿Sabe por qué? Pues porque tengo tentaciones (tanto de orden personal como ministerial) que a menudo me resultan insoportables.

--Hermano Palau—continuó diciendo este pastor--, usted acaba de hablar sobre el secreto de una vida de victoria, y pareciera que usted en realidad lo ha descubierto. Le ruego que me diga con franqueza a qué se deben mis debilidades y cómo puedo encontrar gozo, satisfacción y

victoria en todos los aspectos de mi vida.

Este es sólo un ejemplo de las muchas cartas que nos llegan y de las tantas conversaciones y consultas que recibimos sobre esta cuestión. No creo que exista cristiano alguno que no desee vivir maduramente en Jesucristo.

Durante nuestros años de ministerio hemos hablado y aconsejado a millares de personas de ambos sexos, de toda nacionalidad, posición social, profesión y de todas las edades. Por eso nos pareció apropiado escribir estas páginas, donde haré mención de las tres etapas normales que experimenta todo cristiano en su crecimiento y maduración en amistad con Dios.

El pasaje bíblico clave ha de ser 1 Juan 2:12-17. Veamos lo que nos dice:

“Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre. Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio. Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno. Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre. Os he escrito a vosotros, padres, porque habéis conocido al que es desde el principio. Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la Palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno. No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el

mundo pasa, y sus deseos pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.”

Aquí están delineadas las tres etapas de la vida del creyente en el Señor Jesús.

La primera es la etapa de la niñez espiritual, mencionada en el versículo 12: “Os escribo a vosotros hijitos”. La segunda etapa, la adolescencia espiritual, se advierte en el versículo 13b: “Os escribo a vosotros, jóvenes”. Y la tercera es la de la madurez espiritual, tal como se aprecia en el versículo 14: “Os he escrito a vosotros, padres”.

Ahora bien, es importante destacar que estas etapas no siempre coinciden con la edad física. Por ejemplo, una persona puede convertirse a los 40 años de edad y, por lo tanto, ser un niño espiritual. Un joven de 20 años que conoce al Señor desde niño, puede estar cerca de la madurez espiritual. Por otra parte, alguien puede tener varias décadas dentro de la familia de Dios y, sin embargo, ser todavía un adolescente espiritual. ¡Cuántos hermanos en nuestras iglesias aún son niñitos que deben tomar su alimento con biberón, pues no han probado otra cosa que no sea leche! Por otra parte, hay creyentes que en ocho o diez años han nacido en la familia de Dios, vivido su niñez, superado su adolescencia espiritual, y se comportan como adultos en el Señor Jesucristo.

Al considerar el pasaje de 1^a. Juan, sacará usted el máximo de provecho si al mismo tiempo se hace las siguientes preguntas: “¿En qué estado de desarrollo espiritual me encuentro? ¿Cuáles son las marcas y características de

una vida de madurez espiritual en Cristo?” Examínese y pruebe su ser interior para comprobar el estado de desarrollo espiritual en su vida cristiana.

TRES CARACTERÍSTICAS PRINCIPALES

Una de las características más sobresalientes de la niñez espiritual es la imitación. Soy padre de cuatro hijos, y desde que eran pequeños me agradaba referirme a ellos en las ilustraciones de mis mensajes. Recuerdo que cuando los mayores —que son gemelos— no pasaban los tres años de edad, en las mañanas los sacábamos de sus cunas y ellos venían corriendo hacia donde me encontraba yo. Cuando ante sus ojos escrutadores usaba la máquina de afeitar, indicaban que ellos también querían ser afeitados. Si no les daba ese gusto, tironeaban de mis pantalones hasta que les acercaba la rasuradora a la carita. Por supuesto que ni siquiera los tocaba con la máquina, pero les agradaba machismo sentirse hombrecitos al haber “lo mismo que papá”. ¿Acaso no es verdad que como cristianos muchos son aún lo bastante niños como para dedicarse exclusivamente a imitar a los demás?

La característica de la adolescencia espiritual es la turbulencia. Este es un período de transición, lucha, debate, interrogantes, discusiones, antagonismos. Un tiempo de grandes cambios. Por cierto que quienes entran en esta etapa no se comportan como niños. Como desean actuar en forma totalmente independiente, van al otro extremo. Antes imitaban, ahora se rebelan contra todo, a veces hasta sabiendo que están equivocados.

Por último, la madurez espiritual tiene como característica el descanso, en el más amplio sentido de la palabra. El adulto no imita pues no es niño; tampoco es rebelde ni extremista ni opuesto a todo sólo por diversión o porque sí, como un adolescente. Por el contrario, habiendo llegado a la madurez, ha desarrollado convicciones propias y por eso se comporta con probidad y responsabilidad.

DESCRIPCION DE LAS ETAPAS

El apóstol Juan en su primera carta llama a los niños “Hijitos”, y dice que los “hijitos” saben que sus pecados han sido perdonados en el nombre del Señor Jesús, y saben además que Dios es su Padre. Esta es la característica del niño espiritual, el nuevo creyente que tiene lo que en el libro de Apocalipsis se describe como “el primer amor” (2:4). Sabe que sus pecados han sido perdonados y se siente feliz porque conoce a su Padre. No le interesa otra cosa que saber que pertenece a la familia de Dios.

Es lo que sucede con los hijos—especialmente cuando son pequeños. Sólo les interesa saber que sus padres los aman, que están en su hogar, que los cuidan, que reciben comida cuando tienen hambre, que cuando están enfermos alguien vela por ellos. Son niños y están encantados de ser parte de la familia y disfrutar a papá y mamá.

Tal vez como cristiano recuerde usted los días en que nada en el mundo parecía tener demasiada importancia porque habíamos llegado a saber que nuestros pecados estaban perdonados, conocíamos al Padre, y eso bastaba. Esto es, precisamente, lo que debe suceder cuando

alguien nace a la familia de Dios, cuando es un “hijito” recién nacido.

Con respecto a la adolescencia espiritual, el apóstol Juan se refiere a los “jóvenes” y agrega: “Porque habéis vencido al maligno...Sois fuertes, y la Palabra de Dios permanece en vosotros” (vv 13,14). Al hablar de vencer al maligno, se da idea de batalla, de turbulencia. Se está haciendo la descripción del adolescente en Cristo, que por luchar y pelear es un ser turbulento.

En el tercer caso, a los maduros espirituales Juan los llama “padres”, y la única descripción que de ellos hace es: “Conocéis al que es desde el principio”. Utiliza la misma expresión tanto en el versículo 13 como luego en el 14. Pero en este caso “conocer” es más que conocer a Dios como Padre (recordar que los niños siempre están pensando en la característica paternal de Dios). Los “padres” o adultos espirituales tienen un conocimiento de Dios en la profundidad de su Persona; lo conocen como el Eterno, el Soberano, el que gobierna el mundo. Es un conocimiento mucho más amplio que el de la niñez, ya que en vez de decir únicamente “El Señor es mi Padre” (cosa maravillosa, por cierto), el adulto además exclama: “Grande es Jehová, y digno de suprema alabanza” (Salmo 145:3).

EL COMIENZO DE CADA EPOCA

¿Cuándo comienza cada época en la vida espiritual?

¿Cómo comienza?

Veamos un pasaje bastante conocido, pero en general estudiado de manera muy superficial:

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga”. (Mateo 11:28-30)

En estos versículos encontramos las tres etapas mencionadas, niñez, adolescencia y madurez. El comienzo por cierto, es la invitación a aquellos que aún no pertenecen al Señor Jesús: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.” Sin embargo, también encontramos cada una de las edades espirituales ya mencionadas.

¿Cuándo nace una persona a la familia de Dios? Cuando viene a Cristo por primera vez, le entrega su vida y recibe el perdón divino. Es entonces que se convierte en hijo de Dios y se inicia en la niñez espiritual. Como bien lo señaló el apóstol Pablo: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron: he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17).

Algo realmente interesante del pasaje de Mateo es que el Señor no termina el discurso con este descanso de quienes le reciben en el corazón. En el versículo 29 agrega: “Llevad mi yugo sobre vosotros”. Y con este principio nos da la clave de la adolescencia espiritual. Al tiempo de que una persona ha recibido a Cristo en su corazón, se da cuenta de que necesita más que ser salvo:

necesita caminar con Cristo. Es entonces que en obediencia al Señor “toma el yugo” de Jesucristo. Es una referencia a los labradores de oriente, que araban sus campos con una yunta de bueyes. Al ir a trabajar, colocaban el yugo sobre cada animal, ligándolos.

Creo que el yugo espiritual se trata justamente de eso. Podemos afirmar que un niño entra en la etapa de adolescencia espiritual cuando, por así decirlo, se une con Cristo por fe. En ese momento reconoce que no es suficiente ser salvo sino que además hay que estar unido a Cristo para vivir una vida cristiana normal, fructífera, feliz, de triunfo sobre el pecado, una vida que glorifique a Dios.

Esta segunda etapa de la vida cristiana empieza cuando un creyente siente la necesidad del poder de Cristo en su vida, se da cuenta de que sólo puede vivir la vida cristiana si se coloca el yugo del Señor, toma su cruz para seguir a Cristo, y se liga de manera personal y vital al Señor Jesús.

Ahora bien, sucede que con el tiempo también esto llega a ser insuficiente. El adolescente espiritual descubre que ya no le basta ligarse a Cristo. Hay otra etapa que empezar y se pisan los umbrales de la madurez espiritual cuando uno aprende por experiencia la segunda parte del versículo 29: “Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.” El tercer paso, entonces, es aprender de Cristo.

La marca de un creyente que ha alcanzado madurez es mansedumbre y humildad de corazón. Es por ello que

el adulto en Cristo no se arrebatata, no pierde la paciencia fácilmente, no trabaja de manera febril para imponer su voluntad, sino que tiene la mansedumbre—que es fruto del descanso espiritual que Cristo da en el alma. El cristiano maduro sabe que Dios es soberano y está cumpliendo su voluntad, por lo cual no ve la necesidad de imponer la suya. Dicho creyente se hace esta reflexión: “Dios está en control. Yo con paciencia y humildad puedo caminar con El y saber que El cumplirá su voluntad. No necesito hablar en la carne, ni obrar en mis fuerzas ni actuar como un político. Dios gobierna la situación y yo puedo confiar en El, con la certeza de que cuanto menos intervenga yo con mi voluntad e ideas propias, tanto mejor”.

Es por esto que Dios habla de dos descansos. El primero (“os hará descansar”) es el descanso del perdón de pecados, pero el segundo (“hallaréis descanso”) es el que experimenta el cristiano cuando se da cuenta de que Dios es soberano en su vida y está a cargo de toda la situación.

EL ALIMENTO PARA CADA ETAPA

¿Cómo se alimentan estas tres clases de personas?

En cuanto al niño, consideremos las palabras del apóstol en 1 Pedro 2:2, “Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación”.

Cuando un niño nace se alimenta con leche, pero en cantidades muy pequeñas. Lo mismo sucede con el cristiano recién nacido; debe alimentarse de a poco pues es un

bebé espiritual. La leche espiritual son aquellas doctrinas sencillas que el nuevo creyente necesita saber cuando se entrega al Señor Jesucristo: que Dios le ama; que la salvación es eterna; que la sangre de Cristo limpia de todo pecado; que es un hijo de Dios; que el Espíritu Santo mora en su corazón; que la Palabra de Dios es alimento espiritual; que en oración puede comunicarse con el Padre a quien acaba de conocer.

A través de mis viajes por distintos países, he observado con tristeza que en muchas oportunidades en las reuniones de la iglesia el predicador siempre está dando “leche” a la congregación. La leche es buena, pero termina por aburrir. Cuando una persona crece, necesita disminuir la cantidad de leche y comenzar a ingerir alimento sólido. Pareciera que en nuestro continente la mayoría de los cristianos fueran niños espirituales, pues leche es prácticamente lo único que reciben por comida.

Llega un momento en que hay que pasar al segundo tipo de alimento, aquel del que se nutre el adolescente espiritual:

“Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo. Le dijeron: Señor, danos siempre este pan. Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.” (Juan 6:33-35)

Cuando una persona ya se ha alimentado con las verdades básicas de la Escritura, hay que empezar a alimentarlo con pan espiritual, es decir Cristo mismo. Quien

enseña al nuevo creyente la doctrina sencilla y básica, luego tiene que empezar a darle más acerca de la persona de Cristo. Hay que dar pan. Hay que avanzar. Cuando en Palestina los discípulos del Señor estaban frente a la multitud y trataron de “lavarse las manos” en vez de buscar una solución cuando hubo que proveer alimento, Jesús les dijo: “Dadle vosotros de comer”.

El pan espiritual es hablar de la persona de Cristo. Creo que tenemos que estudiar más a fondo toda la Biblia, tenemos que leer más el Pentateuco y compararlo con el Nuevo Testamento. Creo que los libros de Génesis, Exodo y Levítico son los que más iluminan sobre lo que es la persona y obra de Cristo.

Si no dejamos de dar leche y comenzamos a dar pan, nuestros niños espirituales seguirán siendo niños raquíuticos y no podrán iniciar su adolescencia.

¿Y el adulto? Veamos las palabras de Hebreos 5:13-14.

“Porque todo aquel que toma sólo leche, no está acostumbrado a la palabra de justicia, porque es niño. Pero el alimento sólido es para los adultos, los cuales por la práctica tienen los sentidos ejercitados para discernir el bien y el mal.” (BLA)

El alimento sólido, entonces, es aquello que uno disfruta cuando quiere comprender más de la persona de Dios, cuando uno no está satisfecho con conocer sólo algunas verdades de Cristo sino que uno quiere conocer al Señor más íntimamente.

“Porque quiero que sepáis qué gran lucha tengo por vosotros y por los que están en Laodicea, y por todos los que no me han visto en persona, para que sean alentados sus corazones, y unidos en amor, alcancen todas las riquezas que proceden de una plena seguridad de comprensión, resultando en un verdadero conocimiento del misterio de Dios, es decir Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento”. (Colosenses 2:1-3 BLA)

El peligro para muchos jóvenes y adolescentes espirituales es que quieren hablar, por ejemplo, de la predestinación, cuando aún no han comido suficiente pan espiritual. La consecuencia es que, lógicamente, se indigestan, no la entienden. Aunque alguien sea capaz de explicarles con claridad esa verdad de Dios, no la alcanzan a comprender y se rebelan pues les parece que si no lo entienden en ese momento, entonces nunca lo podrán entender.

Recuerdo que cuando yo era muchachito fuimos un día a escuchar a un destacado predicador y misionero que había venido de visita a nuestra iglesia. Todos estábamos enfurecidos porque no podíamos comprender este tema de la predestinación. Llenos de rebeldía nos dijimos: “Vamos a ametrallar a preguntas al predicador para que nos explique esta cuestión.” Sin embargo, cuando tratamos de hacerlo, él nos dijo cordialmente: “Muchachos, no les explicaré este asunto ahora.” Lo creímos un cobarde, y hasta llegamos a suponer que tal vez ni siquiera él mismo comprendía el tema. Pero antes de que nos marcháramos este predicador nos advirtió: “Cuando ustedes crezcan

en la fe del Señor, El les enseñará y les abrirá el entendimiento”. Lo que sucedía era que este sabio anciano temeroso de Dios, era consciente de que un niño o un adolescente espiritual no pueden comprender temas de adultos en la fe.

Cuando una criatura de dos o tres años tiene un hermanito y va a visitarlo al hospital, quiere saber cómo llegó allí. Hay que hablarle con mucho cuidado y sabiduría pues su mente infantil no puede llegar a comprender hechos que deberá ir sabiendo a medida que crezca. Ya habrá tiempo para todos los detalles y todos los hechos. El conocimiento tiene que ser gradual. De la misma manera, cuando crecemos en la fe y llegamos a la madurez, las cosas van haciéndose más claras sin necesidad de luchar ni discutir, porque de manera gradual y dosificada vamos conociendo a Dios en la profundidad de su Persona.

Hay que esperar a la madurez para el alimento sólido, pero cuando llega el tiempo adecuado para tomarlo, ¡cuán nutritivo resulta!

LA EFECTIVIDAD EN CADA ETAPA

Veamos ahora la efectividad de cada grupo. En la parábola del sembrador de Mateo 13, el Señor nos dice que hay cuatro clases de corazones, pero que finalmente hay un solo grupo de personas que da fruto. En Mateo 13:23 leemos: “Mas el que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a ciento, a sesenta y a treinta por uno.”

El niño espiritual aunque es niño produce fruto para el Señor porque es un hijo de Dios. El mero hecho de que Cristo vive en él como Salvador es, en sí, un fruto. La presencia de Cristo ha hecho algo en él, pero aunque hay fruto, aún no es satisfactorio. Produce un 30%.

Cuando el niño espiritual toma el yugo de Cristo y entra a la adolescencia espiritual, empieza a rendir más. Produce un 60%.

Más tarde la persona llega a la madurez en Cristo y da fruto al 100%. Esta es mi ambición espiritual, dar fruto al ciento por ciento.

También en el capítulo 15 de San Juan vemos estas tres maneras de dar fruto. En este pasaje que habla de la vid y los pámpanos, hallamos la misma verdad en términos muy similares a los de Mateo 13. “Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiaré, para que lleve más fruto” (Juan 15:2). “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer” (v.5).

Cuando en el v.2 dice “todo aquel que lleva fruto”, Jesucristo se está refiriendo al creyente que produce un 30%. El Señor lo limpiará (es decir lo podará), irá creciendo, se transformará en un adolescente espiritual y llevará más fruto, o sea el 60%.

Pero aquí no acaba todo. Bien dice el Señor que su deseo

es “que llevéis mucho fruto” (v.8), y luego lo aclara aun más “y vuestro fruto permanezca” (v.16). En un sentido puede afirmarse que el cristiano maduro en Cristo produce mucho fruto y fruto que permanece, es decir fruto en un 100%--a pesar de que posiblemente no siempre tengamos el 100% de productividad.

Ahora bien, ¿en qué sentido es posible dar fruto al 100%? En el sentido de que adondequiera que va el creyente maduro en espíritu, todo lo que hace, toca, mira, habla, todo lugar a que asiste, todo produce fruto. La razón es que ese cristiano vive en dependencia de humildad y mansedumbre ante el Señor que mora en su corazón.

El adulto en Cristo no se está preguntando continuamente: “Estoy andando con el Señor? ¿Dije lo correcto? ¿Me he equivocado?” No se lo pregunta todo el tiempo porque sabe que es maduro en Cristo y que, en consecuencia, todo lo que hace es fruto a los ojos del Señor. El fruto es traer gloria a Dios por estar cumpliendo su voluntad.

Por ejemplo, el Señor está produciendo fruto a través de mí mientras yo trato con usted este tema. Al estar en mi hogar, tal vez tenga que arreglar algún artefacto descompuesto; conversaré con mi esposa, pasaré tiempo con mis hijos, me prepararé para dar un mensaje...y en todo habré de producir fruto pues estoy viviendo en la voluntad de Dios, quien está obrando a través de mí y estará siendo glorificado porque yo cumplo su voluntad.

Producir fruto no es sólo ganar almas y conseguir deci-

siones para Cristo. Quizás por este mito muchos se preocupan tanto y de manera exagerada quieren forzar a la gente a tomar una decisión por Jesucristo. Si hay conversiones, entonces dirán: “Eso sí es fruto. ¡Cuántas almas se han salvado!” las almas ganadas para Dios son parte del fruto, indudablemente, pero no es eso todo el fruto del cristiano. El fruto es la gloria de Dios.

Como cristianos tenemos la seguridad de que si andamos y descansamos en el Señor Jesús, todo lo que hacemos (hasta las cosas más insignificantes de la vida) está dando fruto para Dios—si es que vivimos en Su voluntad. El secreto está en que hagamos lo que Dios quiere.

Tres Distintos Conceptos sobre el pecado

El concepto de pecado para quien es aún infantil en la fe, es el de las apariencias. Es notable que cuando alguien se convierte a Cristo y tiene oportunidad de dar testimonio de lo que Dios ha hecho en su vida—y esto sucede en todos los países del mundo—todos dicen casi lo mismo. Por lo general es algo así como: “Hermanos, doy gracias a Dios que antes me dedicaba mucho a la bebida, pero ahora ya no tomo alcohol. Antes fumaba dos paquetes de cigarrillos por día, pero ahora dejé de fumar. Antes me juntaba con mis amigos e iba a todo tipo de fiestas, pero ahora ya no quiero salir tanto. Antes gastaba dinero en juegos y apuestas, pero ahora he dejado eso”.

Escuchamos el testimonio, pensando: “¡Qué bueno que

el Señor lo haya librado de esos vicios externos!” Sin embargo hay cristianos que después de treinta años de haber recibido a Cristo, al tener oportunidad de dar testimonio, se ponen en pie y siguen diciendo: “Hermanos, doy gracias a Dios porque ya no me emborracho ni fumo ni juego”. Treinta años y continúan con el mismo testimonio...

Otro tal vez dirá: “Yo antes era un religioso muy devoto, pero ya no”. ¡Eso ocurrió hace treinta años! No obstante, el hermano todavía es niño en la fe, todavía está ocupado con cosas externas, y se “glorúa en las apariencias”, al decir del apóstol Pablo.

Por otra parte, hay muchos predicadores que desde el púlpito sólo se preocupan por atacar las apariencias de los cristianos, hablando constantemente en contra de las mujeres que llevan mucho maquillaje, o los jóvenes de cabello largo, o las jovencitas a quienes agrada mucho la moda, o los hombres que no siempre van a la iglesia con saco y corbata, o los cristianos que van al cine...Es una señal de que ni siquiera el pastor ha crecido. Es un niño, y no debiera ocupar el púlpito hasta haber comido pan espiritual y haber crecido un poco. Que Dios nos libre de las preocupaciones por lo infantil y nos conceda llegar pronto a la madurez en Cristo.

“Cuando yo era niño...pensaba como niño...pero cuando llegué a ser hombre, dejé las cosas de niño,” dice Pablo en 1 Corintios 13:11 (BLA). Está bien que los recién convertidos testifiquen que no fuman más, que ya no toman, que ya no tienen la diversión como meta principal

o que hayan cambiado en su apariencia externa; pero una vez que ya hemos vivido la vida cristiana por un tiempo, debemos dejar de preocuparnos por niñerías. Seamos adultos en Cristo. Si no lo hacemos, una de las tristes consecuencias es que la gente dirá: “Ah, ustedes son de los cristianos que no hacen esto ni lo otro y no van aquí ni allá..” En realidad yo no quiero ser conocido como un cristiano que no hace sino como un cristiano que disfruta de la vida porque Cristo es su glorioso salvador, un cristiano que goza de comunión con Dios.

Hay algunos versículos muy apropiados para este tema:

“Si habéis muerto con Cristo a los principios elementales del mundo, ¿por qué, como si aún vivierais en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: no manipules, ni gustes, ni toques (todos los cuales se refieren a cosas destinadas a perecer con el uso) según los preceptos y enseñanzas de los hombres? Tales cosas tienen a la verdad, la apariencia de sabiduría en una religión humana, en la humillación de sí mismo y en el trato severo del cuerpo, pero carecen de valor alguno contra los apetitos de la carne.” (Colosenses 2:20-23) BLA).

Muy a menudo los hermanos que se ocupan sólo de apariencias son quienes menos alcanzan a vencer las tentaciones básicas de la carne.

Y ¿cuál es el concepto que el adolescente espiritual tiene sobre el pecado? El ha ido más allá de lo externo para empezar a darse cuenta de que el pecado no consiste simplemente en lo externo. Empieza a darse cuenta de

que el pecado brota de adentro, y se mira a sí mismo con cuidado. Descubre que el pecado nace de las pasiones de su corazón, que en su alma hay ambición egoísta. Deja por lo tanto de preocuparse sólo por lo externo y trivial, y desea tener un lugar visible dentro de la obra de Dios.

En muchas ocasiones este adolescente espiritual se halla luchando contra el sexo y las relaciones sexuales pre-matrimoniales. Se ha olvidado del cine, del cigarrillo, del mucho maquillaje, de los cuestionamientos pueriles, y empieza a poner su atención en cosas más profundas que la mera superficie. Es entonces que resiente la autoridad de los demás, que quiere rechazar lo que considera restricción arbitraria. (Recordar que todo adolescente es rebelde y turbulento.) Son las primeras señales de hallarse en la adolescencia espiritual.

Además se da cuenta de que quiere ser oído, quiere expresar sus opiniones, ser conocido y reconocido. Inicia una lucha contra los pecados internos, reconoce que lo externo tiene poco valor y da más importancia a lo interior. Comprende un poco más del significado de la vida espiritual...pero aún no ha llegado a destino.

Una persona madura espiritualmente llega a un concepto maduro del pecado. Ha descubierto que el origen de todo pecado es el egoísmo y la altivez de espíritu. Ya ni siquiera recuerda el tiempo en que no iba allá, no tomaba, no hacía esto ni aquello. El tema del sexo ha quedado bajo el control de Cristo; la ambición desmedida ha desaparecido; el deseo de reconocimiento público se ha esfumado porque Cristo es el Señor de su vida.

Podemos darnos cuenta del progreso en la vida cristiana cuando dejamos de hablar de los pecados y comencemos a hablar del pecado. Y el pecado que en mí produce los pecados es que mi “yo” se halle fuera del control de Cristo. Yo soy mi problema más difícil, pero sé que la situación se revertirá si dejo que Cristo controle mi “yo”.

LA COMPRESION ESPIRITUAL

De los tres tipos de personas, el niño espiritual dice: “Cristo es mío, Cristo es mío.” Para él Cristo es una adquisición un tanto egoísta y está usando a Dios, pero porque es un niño. Los hijos usan a los padres cuando por ejemplo lloran para darles a entender que tienen hambre. Saben que si lloran y reclaman lo suficiente, el padre o la madre tendrá que darles de comer.

El nuevo creyente siempre está pensando: “Cristo es mío. Dios es mi Padre. El ha prometido darme. Yo quiero. Señor, dame.” Es un niño, y es normal que proceda de esta manera. A todos nos agrada que los hijos vengan a hacernos distintos pedidos. Para eso están los padres, para ayudar y complacer a los hijos pequeños.

Pasemos a la adolescencia. El adolescente espiritual se da cuenta de que necesita a Cristo íntimamente y declara: “Yo no puedo solo. Con Cristo sí podré vencer.” Piensa en términos de que Cristo “está aquí” y “yo estoy cerca de él. El Señor y yo caminamos juntos.” El adolescente espiritual sabe que puede pedir ayuda al Señor pues camina junto a El. Se da cuenta de que no puede luchar

contra la tentación por sí solo, por eso vive en función de “Cristo y yo”.

Pero el que está entrando a la madurez espiritual, se dice: “No ya yo, sino Cristo.” Para el cristiano maduro, el “yo” deja de tener importancia. Ya no dice “Cristo es mío”, ni “Cristo y yo”. Ni siquiera declara que “El debe crecer y yo menguar.” Sino que afirma: “No ya yo. Cristo vive en mí.”

La madurez espiritual es el período de la vida en que al comenzar cada día uno dice: “Tengo este día por delante, pero no soy yo quien tiene que hacerle frente. No yo porque Cristo vive en mí. Viviré confiando en el Hijo de Dios, quien me amó y se entregó a sí mismo por mí, y ahora vive en mi ser.”

LAS LUCHAS INTERNAS

El niño espiritual lucha con el mundo, pues está sumamente consciente del mundo que lo rodea. Uno sabe que un predicador es un niño en la fe cuando siempre habla de mundanalidad y siempre está citando las palabras de 1 Juan 2:15, “No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo.” Sucede que como ellos son niños en la fe, suponen que todos los demás también lo son.

El adolescente espiritual lucha con la carne. El antídoto para este problema es Dios mismo: “No améis al mundo... Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.” Cuando alcance a captar que el Padre le ama de

manera sobrenatural, su preocupación por el mundo en sí acabará. La lucha con la carne debe pelearse con una vida en el Espíritu Santo: “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne” (Gálatas 5:16). Si el adolescente espiritual está luchando por ejemplo contra la ambición personal y se rebela contra la autoridad, tiene que obedecer el llamado divino: “Sed llenos del Espíritu.”

La lucha del adulto espiritual es contra Satanás y el antídoto contra Satanás es Jesucristo. Es poco lo que en nuestro medio sabemos de la lucha contra Satanás y contra las huestes del mal, tal vez por eso los cristianos no llegan a la madurez. Reconozco que no lo sé todo en cuanto a la guerra con Satanás, pero la experimento en mi vida—sobre todo cuando hacemos un esfuerzo masivo de evangelismo—y he hablado con hermanos que también la han experimentado. Lo que sí sabemos, pues la Biblia así lo asegura, es que no sólo podremos luchar contra Satanás sino que también podremos ganar la batalla si luchamos en el poder de Cristo, el Cristo que “vive en mí”.

MIEMBROS DE LA IGLESIA

Como miembro de la iglesia, el creyente recién convertido es, en su niñez, muy inestable. Es un niño fluctuante: “Para que ya no seamos niños sacudidos por olas y llevados de aquí para allá por todo viento de doctrina, por la astucia de los hombres, por las artimañas engañosas del error” (Efesios 4:14 BLA). Cualquier viento de doctrina lo arrastra, trastorna e inquieta. Es llevado de aquí para allá porque es un niño. Es por ello que cuanto an-

tes crezca, tanto mejor para nuestro continente y para el evangelismo.

Por su parte, como miembro de la iglesia el adolescente espiritual es una persona muy refrescante. Siempre tiene preguntas, quiere saber más y no cree en algo sólo porque el predicador lo dijo. Sin embargo, lamentablemente a menudo el pastor teme a esta clase de creyentes, en especial por las constantes preguntas a flor de labios, algunas difíciles. Dichos predicadores escapan a la responsabilidad de una respuesta justa y honesta, y utilizan cualquier evasiva.

Nosotros también cometemos el mismo error cuando no hemos alcanzado la madurez, seamos predicadores o laicos. Cuando en la congregación un adolescente espiritual, lleno de ánimo, vigor e inquietudes desea hacer preguntas y discutir sobre distintas cuestiones, ansiamos que se siente y le decimos que no sea rebelde y se calle. Debiéramos gozarnos, diciendo: “Gloria a Dios, aquí hay por lo menos un hermano que quiere formular una pregunta; aquí hay alguien que quiere conocer más, le voy a enseñar todo lo que sé.” Pero cometemos el error táctico de aplastarlo diciéndole: “No hagas esas preguntas que me molestas e incómodas.”

El adulto espiritual, en contraste, como miembro de la iglesia es una persona de calma, certeza y peso. Es alguien con quien los jóvenes se interesan en conversar y a quien quieren hacer preguntas; es una persona de confianza, de tal manera que todo el que está en contacto con ella tiene deseos de compartir pues lo siente como

un padre o madre en Cristo—o tal vez como un hermano mayor—que tiene algo que dar y que otorga vigor a la vida.

LAS RECOMPENSAS

Leemos en 1 Pedro 1:7 que cuando venga el Señor, el premio será: “Alabanza, gloria y honra.” Estos son los tres tipos de recompensas, según la etapa de la vida cristiana. Para los niños espirituales la recompensa es la alabanza: “Entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios” (1 Corintios 4:5).

Para quien muere en la adolescencia espiritual, la recompensa es gloria de parte de Dios: “Cuando Cristo, vuestra vida se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria” (Colosenses 3:4).

Y para aquel que ha dejado esta tierra viviendo en la madurez espiritual, está reservada la honra y el honor del Padre: “Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará” (Juan 12:26).

Quiera Dios que cada uno de nosotros crezcamos hasta la madurez espiritual. El efecto ha de sentirse en todo el país, en el continente, en el mundo entero, porque los padres espirituales—los adultos en Cristo—estarán produciendo hijos espirituales a su misma imagen.

Será entonces que en la tierra toda sentiremos el impacto producido por hombres y mujeres maduros en Cristo.

CONOCIENDO LA VOLUNTAD DE DIOS, UN PROCESO GRADUAL DURANTE TODA LA VIDA

Antes de concluir quiero hacer algunas observaciones con respecto a este tema tan crucial en la vida de un cristiano. La voluntad del Padre. ¿Cómo puedo saber que estoy andando en comunión con el señor, que estoy produciendo los frutos del cristiano maduro? En nuestra mente siempre está la pregunta: ¿Cómo puedo conocer la voluntad de Dios para mi vida?

Las respuestas han sido muchas y muy variadas, sin embargo creo que en el siguiente versículo está la clave de esta cuestión: “Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos” (Colosenses 3:15).

A pesar de que creo que el versículo es muy claro, cuando vamos al original griego es más claro aun: “Y que la paz de Dios gobierne en vuestros corazones como un árbitro...” Está hablando de un árbitro como el que controla los partidos de fútbol.

Cuando juego al fútbol, sé que estoy jugando correctamente y que no he cometido faltas mientras no oiga el silbato del árbitro. Siguiendo con el símil, si estoy corriendo con la pelota, o si me hacen un pase y estoy cerca de la meta del contrario, me voy perfilando solo, pienso que ya puedo hacer el gol, y de pronto oigo el silbato, sé que algo anda mal. Detuvieron el juego pues hubo una

infracción.

La paz de Dios en nuestro corazón es como el árbitro. Mientras todo esté bien entre mi Dios y yo, no se oirá nada alarmante. Si oigo el silbato en el corazón, algo anda mal. Y el silbato sonará fuerte y claramente como en un partido de fútbol profesional.

Si ando bien con el Señor, “jugando el partido” de acuerdo a su voluntad, la paz seguirá inalterada; pero en el momento en que yo haga algo que no está de acuerdo a Su voluntad, suena el silbato espiritual, es decir, la paz de Dios desaparece de mi alma.

Si un cristiano siente dudas en cuanto a decir o hacer algo, lo mejor es estarse quieto. Es por ello que si el corazón está latiendo con demasiado nerviosismo, es mala señal, y el cristiano no debería avanzar en el camino.

Todos hemos tenido esa experiencia. Tal vez estamos preparados para decir algo o hacer alguna proposición, y sentimos que el corazón casi se nos sale del pecho. Si no hacemos caso a esta señal de “pare”, cuántas veces hemos de arrepentirnos por nuestra necedad en el decir o el obrar.

La paz de Dios en el corazón es una de las grandes claves de la dirección de Dios en la vida cristiana.

Si usted desea hacer algo que es lícito, normal y bueno, pero siente intranquilidad, es una advertencia de peligro,

y por lo tanto debiera hacer caso a la señal del Espíritu Santo. Para obrar según la voluntad de Dios no es suficiente querer hacer su voluntad sino que la paz de Dios debe gobernar en nuestro corazón.

Habremos llegado a la madurez en Cristo cuando andemos, obremos, hablemos y nos comportemos con el convencimiento de que Dios está obrando en nosotros. Sólo habrá que detenerse si caemos en la cuenta de que la paz de Dios ha desaparecido.

¡Qué feliz y codiciable es la experiencia de la paz de Dios gobernando el corazón!

Si desea hacer preguntas con respecto a este tema o si tiene dudas sobre algún asunto espiritual, no dude en escribirnos a cualquiera de las direcciones que menciono:

Casilla de Correo 4949
1000 Buenos Aires, Argentina

E-mail: aelp@palau.org